



Reseña

Mirabilia, P*. (2011). *La coeducación en la Escuela del siglo XXI*.
Madrid: Catarata.¹

Andrea Fernández Sánchez

La coeducación en la Escuela del siglo XXI nos muestra que otra forma de educación es posible, que por muchos recortes que se hagan en educación o intentos por inflexibilizar el currículo, fomentando una educación memorística basada en el rendimiento académico, sigue habiendo profesores que luchan por mejorar día a día la educación y las prácticas educativas. Este libro en primer lugar nos hace reflexionar sobre lo que ocurre realmente en las aulas y las problemáticas a las que se enfrenta la educación en materia de convivencia y coeducación, para posteriormente abrirnos los ojos y la mente con propuestas innovadoras que docentes, en todos los niveles educativos (Infantil, Primaria, Secundaria y Educación no formal) llevan a cabo. Estos docentes “*nombran el sexismo, la homofobia, el racismo y la violencia, y tratan de generar alternativas en su cotidianidad*” (p.17).

Una de las características destacables del libro es su estructura, no porque dedique un capítulo a conceptos de partida y otro a instrucciones de lectura; sino que en sus diez capítulos, dedicados a diferentes temáticas con un eje vertebrador en la coeducación, se emplea la misma estructura narrativa: introducción, que funciona como una justificación teórica del tema a tratar en cada capítulo, y dos partes totalmente innovadoras, afinar la mirada y lo que

¹

*Pandora Mirabilia es una cooperativa de trabajo formada por mujeres con mirada feminista e interdisciplinar. Este libro está escrito por Marta Monasterio Martín, Soraya González Guerrero y Andrea García González.

Andrea Fernández Sánchez es estudiante predoctoral de Ciencias de la Educación en la Universidade da Coruña (A Coruña, España). Correo electrónico: andrea.fernandez.sanchez@udc.es. ID: <http://orcid.org/0000-0002-8625-8955>

Cómo citar este artículo: Fernández Sánchez, A. (2017). Reseña: Pandora Mirabilia: La coeducación en la escuela del siglo XXI. *ATLÁNTICAS-Revista Internacional de Estudios Feministas*, 2 (1), 316-322. doi: <http://dx.doi.org/10.17979/arief.2017.2.1.3076>

proponemos, que hacen de este libro una guía para trabajar la coeducación en la escuela. Estas dos secciones ejemplifican, dan recomendaciones y proponen tanto medidas generales como concretas para incorporar la perspectiva de género en el día a día de la acción educativa. *Afinar la mirada* presenta escenas del quehacer educativo que sirven para reflexionar sobre la presencia del sexismo en las prácticas escolares y su normalización en la escuela. Lo que proponemos en el apartado *“desde la experiencia”* relata diferentes propuestas coeducativas que luchan contra el sexismo normalizado y *“claves”* presenta consejos a los docentes para mejorar su práctica educativa.

Las autoras comienzan este libro tratando la didáctica y metodología educativa, la configuración de la autoridad en los centros, la dicotomía autoridad/autoritarismo y sus implicaciones pedagógicas. Posteriormente se adentran en una problemática que se somete a debate constantemente, el tiempo en la educación, entendido como la masificación de las escuelas y la obsesión por la excelencia académica. Debido a esta coyuntura la escuela actúa como un mero transmisor de contenidos curriculares y no establece tiempo para la relación educativa: aprender a sentir, vivir, relacionarnos, expresarnos, ser escuchados y escuchadas, a ganar autonomía, a saber respetar.

La sociedad que hoy conocemos es heterogénea, donde la diversidad es entendida como diferentes procedencias, formas de vivir la sexualidad, distintas capacidades etc, y la tarea de los centros educativos es acogerla. Como bien apuntan las autoras, dar respuesta e integrar la diversidad en el centro no consiste en hablar de que existe, sino en valorarla, visibilizarla y darle cabida en el currículo educativo, haciendo que el alumnado se adapte al centro y el centro al alumnado. En este segundo capítulo, las autoras manifiestan la necesidad de normalizar la diversidad y de trabajar esta normalización desde un enfoque de género.

A lo largo de los capítulos III, IV, V y VI Mirabilia expone como se transmiten los estereotipos, valores, comportamientos, actitudes que acaban por configurar los roles de género. Las autoras presentan la tesis que las palabras no solo nombran la realidad, sino que también crean y construyen identidad social

(sexismo lingüístico). El poder performativo del lenguaje, la correspondencia entre los signos, la imagen que se crea en nuestra mente a partir de dichos signos y el androcentrismo gramatical en el lenguaje, configuran nuestra forma de hablar, nombrando las cosas de una manera determinada, según un orden simbólico y una jerarquía implícita. Todos estos elementos reproducen los esquemas de una sociedad en la que *“los varones tienen mayor predominio y, en consecuencia, el masculino también ostenta mayor poder de significación que el femenino”* (p. 72). En este sentido, los medios de comunicación fortalecen este orden social, a través del sexismo y homofobia sociolingüística, cosificando y objetualizando a la mujeres, promoviendo roles y estereotipos asociados un tipo de mujer, sin representar la realidad, etc. Sin embargo, la lengua es un sistema dinámico y flexible que puede ser transformado y evolucionar dependiendo del uso que se le otorgue. Por lo tanto el profesorado tiene la tarea de educar en un lenguaje no sexista cuyo objetivo es tanto nombrar palabras y expresiones discriminatorias, como acabar con el masculino neutro universal para visibilizar lo femenino.

Cuando pensamos en los centros escolares poco nos paramos a pensar en cómo estos están configurados y estructurados, o cómo pueden condicionar o influir tanto en el profesorado como el alumnado. Las autoras sostienen acertadamente que las personas están condicionadas por las instalaciones, la disposición de los equipamientos, los colores y los mensajes que configuran el centro. La educación no es simplemente la transmisión de contenidos verbales, sino que el espacio físico en donde se lleva a cabo también transmite y enseña, todos los espacios transmiten información a los alumnos de cómo se deben comportar, relacionar, lo que se espera de ellos, etc., configurándose el currículum oculto. Por lo tanto, el uso de espacios determinará la forma de relacionarse del alumnado y en definitiva promoverá climas que atiendan, o no, a la diversidad y la convivencia. Es imprescindible que los docentes reflexionemos sobre el uso de los espacios en la escuela, ya que los niños y las niñas no se apropian de estos de la misma manera, acciones tan mundanas como ocupar la clase, sentarse, el trabajo en grupo etc son socialmente diferentes entre chicos y chicas y estos se comportan en relación a los roles sociales establecidos. Por ejemplo, los niños demandan atención de una forma más constante y ruidosa, mientras que las

niñas toman una actitud menos visible, incluso a la hora del juego, intentando no invadir el espacio que los niños toman. Consecuentemente, una escuela mixta no significa per se que sea coeducativa.

El reflejo y la reproducción de los sistemas de valores que conforman el currículo oculto son transmitidos a través de los libros de texto y la forma de actuar del profesorado. Los libros de texto actúan como canales por los que se transmite la cultura, una cultura heteropatriarcal, que muestra una imagen de lo femenino y masculino estereotipada. Asimismo transmiten un pensamiento androcéntrico, un mecanismo cultural inconsciente que simplifica la complejidad de la realidad en dos mundos, lo masculino y lo femenino, el norte y el sur, la heterosexualidad y la homosexualidad, siendo uno de más valor que el otro. Tanto los libros como la forma de proceder en las aulas transmiten y consolidan ese pensamiento androcéntrico, por lo tanto, el problema al que se enfrenta la educación es a la consecución de la igualdad. No en tanto al acercamiento de la brecha abierta por el androcentrismo, ni entendida como la equiparación de la mujer a los espacios del hombre perdiendo así la feminidad y la diversidad; sino a través de un cambio de paradigma que suponga la transformación de los modelos, conceptos y pensamientos dicotómicos, que reoriente las prioridades en cuanto al contenido, objetivos y las formas.

En este sentido, como bien indica Mirabilia, los anuncios, series, videojuegos etc, siempre están contruidos bajo miradas androcéntricas y etnocéntricas, configuradas a través de una determinada ideología. Los medios de comunicación son los encargados de reforzar estas miradas y pensamientos, influyendo en la configuración de nuestras identidades colectivas y de género. Asimismo, nuestro modo de comunicarnos y relacionarnos se ha visto afectado por el constante flujo de mensajes, las formas de saber y ver han sido modificadas y se ha configurado un nuevo orden social visual. La educación puede ser un motor promotor de cambio, capacitando al alumnado de medios y herramientas que permitan decodificar críticamente los mensajes audiovisuales, cambiando las ópticas desde las que se contemplan los mensajes, *“si la mirada varía, el mensaje cambia, ya no lo vamos a percibir del mismo modo”* (p. 128). La alfabetización audiovisual en las escuelas permitirá capacitar al alumnado en

rastrear la ideología implícita en los mensajes mediáticos y en definitiva formar una ciudadanía crítica con la información constante a la que estamos sometidos. Las autoras nos indican que otra de las características del currículo oculto es la orientación, en cierta medida, de la vida profesional de hombres y mujeres. Actualmente sigue existiendo sexismo en el mundo profesional materializándose en división sexual de las profesiones, la segregación horizontal y vertical de las mismas y el techo de cristal. La división sexual del trabajo es una cuestión cultural y social que tiene que ver con el género, pues siguen existiendo estereotipos muy arraigados en torno a profesiones que son apoyados por la escuela. En esta se fomentan intereses diferenciados entre niñas y niños en ciertas áreas de conocimiento, conduciendo a la autoexclusión de las mujeres en ciertos sectores, como las STEM. La homofobia en la orientación del trabajo es otro problema a atajar, ciertas profesiones y áreas de conocimiento están también imbuidas en estereotipos de carácter homófobo. Acertadamente las autoras proponen como vía de intervención sobre estas problemáticas a la escuela coeducativa, permitiendo atender y analizar los mecanismos sociales que influyen de forma diferenciada a chicos y chicas. Las autoras pertinentemente exponen como las elecciones profesionales no son definitivas, los deseos y necesidades cambian a lo largo de la vida, por lo tanto debatir sobre las profesiones antes, durante y después de la adolescencia debería ser un objetivo clave de la escuela.

En el octavo capítulo, dedicado a la convivencia escolar, se expone como la heteronormatividad impregna todos los espacios de nuestra sociedad, incluida la educación. Debido a esa heteronormatividad impuesta, todo lo que sale de esa norma suele castigarse con agresividad. El colectivo LGTB no es el único que se ve afectado, sino que todas las personas que se salen de su papel de hombre o mujer y sus pautas de comportamiento se ven inmersas en esta problemática. En los colegios la violencia sexual se plasma a través de la negación del cuerpo y los deseos de las chicas, la manera rígida de entender la sexualidad debido a los mandatos de género impuestos, entre otros. En los centros educativos sigue existiendo violencia sexual que pasa desapercibida porque ha sido normalizada por la sociedad como levantar las faldas, empujar a las chicas cuando ganan, insultarlas llamándolas lesbianas... Esta violencia

también se manifiesta en forma de bullying homofóbico, entendido como una exclusión, amenaza, aislamiento que nace de la homofobia, sexismo o valores derivados del heterosexismo.

Para las autoras, la única forma de prevención de la violencia es la educación emocional, que ve a los conflictos como un medio para madurar y crecer. En la educación emocional se nos presenta a la mediación como el proceso cooperativo de resolución de los conflictos, un conflicto es una oportunidad educativa, por lo que violencia y conflicto son términos dicotómicos.

Adicionalmente, la desinformación, el miedo, los tabúes y las presiones sociales en torno a la sexualidad son constantes, además de los todavía presentes roles de género. Actualmente, se sigue viviendo la sexualidad de una forma tradicional aunque escondida bajo una falsa imagen de igualdad, con esto Mirabilia se refiere oportunamente a que los hombres y las mujeres siguen viviendo su sexualidad de forma diferenciada, aunque nos empeñemos en lo contrario. Son muchas las imposiciones de género que indican cómo debe ser una mujer y un hombre y el ideal del amor romántico reforzados por los medios de comunicación. Todos estos elementos afectan a la autoestima, autopercepción, manera de relacionarnos y generando desigualdad a la hora de entender el amor en la pareja. La escuela no puede dejar de lado la sexualidad de sus alumnos y alumnas, puesto que es una realidad a la que se enfrentan día a día. En este sentido, las autoras proponen la educación afectivo-sexual como herramienta para trabajar las relaciones entre personas (amistad, íntimas, con personas adultas, diferentes orientaciones sexuales), poner nombre a los sentimientos, identificarlos y expresarlos, trabajar el conocimiento de los cuerpos, sus cambios y la aceptación de los mismos, métodos anticonceptivos, y en definitiva, acompañar al alumnado en su desarrollo afectivo-sexual para que este no se convierta en fuente de violencia o control.

Además, actualmente sigue existiendo un conjunto de valores y un imaginario de lo deportivo que excluye al sexo femenino y a personas que no se identifican con el modelo normativo de deporte. En la escuela los niños siguen monopolizando el juego en el deporte, disminuyendo la participación de las

niñas. Así, la actividad deportiva fomenta comportamientos ligados a mandatos de género diferenciados para chicos y chicas, reproduciendo así estereotipos sexistas. La escuela intenta contrarrestar estos comportamientos de forma poco fructífera ya que se sustenta en el paradigma de la igualdad en lugar de la equidad, demandando lo mismo a las chicas que a los chicos y fomentando el modelo androcéntrico que borra las diferencias y anula la diversidad, la atención a las necesidades, capacidades etc. Asimismo, la escuela reproduce en modelo masculino de deporte basando la educación física en actitudes motrices y excluyendo otras competencias físicas como el ritmo, equilibrio, coordinación y valores como la cooperación. Todas estas variables provocan la desmotivación de todas las personas que no se ajusten al modelo normativo de deportista, siendo estas mayormente las mujeres. La escuela, indica Mirabilia, debe ser consciente de la división sexual en el deporte y el sexismo vigente en este, ya que la mayoría de los comportamientos que marcan la diferencia entre niños y niñas en el ámbito deportivo son de carácter social y de género, no sexual, y por lo tanto modificables.